

PROFECÍAS DE LA BIBLIA RELATIVAS A MARÍA.

DISCURSO II.

Memoria mea in generationes sæculorum.

Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos.

ECCLI. XXIV, v. 28.

La vida de la Santísima Virgen no se circunscribe á los pocos años que pasó en la tierra, sinó que se remonta de generacion en generacion hasta la cuna del género humano: comienza en el paraíso terrenal, unida á la de nuestros primeros padres, prolongándose por una larga série de siglos, incorporada con la de los patriarcas, reyes y profetas, y con la del pueblo de Dios. Razon tiene pues la Iglesia para aplicar á María las palabras del Eclesiástico: *Memoria mea in generationes sæculorum.*

En este dia, carísimos hermanos, me propongo referiros la larga vida de la Santísima Virgen ántes de nacer al mundo, esto es, da os noticia de las profecías con que ciertos varones inspirados de Dios, viendo de léjos á María, la saludaron gozosos, poniendo en Ella toda su esperanza, y consolando al pueblo escogido, hablándole de la Virgen que había de dar á luz al suspirado Mesías. Mostrar que María Santísima fué objeto de profecías, que fué revelada al mundo y esperada por las generaciones, ¿no es mostrar su grandeza, sus glorias, y sus privilegios cerca de Dios, y, por consiguiente, animarnos á profesarla la mayor veneracion?

Tal es el fin de este discurso, en el cual os hablaré: 1.º de las profecías que se refieren á la Santísima Virgen; 2.º de la expectacion universal de la Virgen. Imploremos ántes los auxilios de la gracia A. M.

Para seguir algun órden en las predicciones relativas á la Virgen, las dividiremos en tres clases: 1.ª las de los patriarcas; 2.ª las de los reyes; 3.ª las de los profetas. La Mujer entre todas bendita, la escogida en los decretos divinos para Madre del futuro Redentor,

es revelada al mundo desde muy temprano en las santas Escrituras. No es en los más modernos libros donde aparece la primera noticia de la Virgen, sinó en el más antiguo de todos, y en sus primeras páginas; en las páginas donde se refiere el origen del mundo, y la creacion del hombre. Acababa de cometerse la culpa; verificábase la separacion del Cielo y la tierra; el júbilo se había disipado; el paraíso terrenal iba á convertirse en árida campiña; los elementos se trastornaban; los enemigos del hombre se levantaban por todas partes contra él; los enemigos interiores, esto es, el remordimiento, el desasosiego, la turbacion, el vacío del alma, las tinieblas, la embriaguez de las pasiones, las necesidades tiránicas; los enemigos exteriores, esto es, los seres hasta entónces sujetos desde su creacion á la voluntad del hombre; la madre naturaleza convertida en madrastra; la esterilidad, las enfermedades, y por último, la muerte, que se levantaba contra él, enteramente libre en todos sus dominios. ¡Qué espectáculo! Adán, Eva, la mejor obra de la creacion, reyes del mundo para quienes se hizo la luz, y una naturaleza riquísima, ¿en qué habeis venido á parar? Nobles criaturas, salidas de las augustas manos de Dios, y tratadas tan magníficamente en ese Edén delicioso, donde recibiais las visitas del Señor, cual en un palacio de gloria; ¿cómo habeis venido á tal bajeza; cómo habeis caido en tan hondo abismo? El despertamiento de nuestros primeros padres despues de su caida debió ocasionarles gran terror. Sus angustias hubieron de ser tan dolorosas, que no han tenido semejante. Concíbese una terrible desesperacion en un alma castigada de grandes infortunios; pero ¿será esa desesperacion peor, ni siquiera igual, á la que sentirian Adán y Eva? No desesperes, no, naturaleza caída, que tiempo vendrá que vuelvas á levantarte. Entónces fué cuando Dios se dignó revelar al mundo la Madre de la esperanza. Una Mujer, dice Dios al enemigo tentador, quebrantará tu cabeza: *Ipsa conteret caput tuum* (1). La revelacion está hecha; el ministerio de la Madre del Redentor queda señalado. María triunfará del demonio, alcanzando sobre él una brillante victoria por el hecho de quebrantar su cabeza Satanás había logrado poner á sus plantas al rey de la creacion; pero será derrotado para siempre. Entónces cobraron ánimo los dos culpables, agradecieron á Dios la misericordia que usaba con ellos, y la compasion con que había mirado su desgracia, saludando entónces de léjos al Mesías Redentor y á la Mujer bendita que había de llevarle en su seno.

(1) GEN. III, v. 15.

Vemos, pues, que el Salvador del mundo y su divina Madre fueron anunciados á nuestros primeros padres; pero faltaba algo que añadir á esta primera revelacion. Importaba mucho al género humano conocer la raza, el pueblo, la familia de donde habían de salir, para que el Señor tardase en manifestar estas circunstancias. Llegada la ocasion oportuna, habla Dios á un hombre para descubrirselas. «Abrahán, le dice, sal de tu tierra, deja á tus parientes, y la casa de tu padre, y vén á la tierra que yo te enseñaré... Quiero constituirte cabeza de una gran nacion, y bendecirte, y glorificar tu nombre... Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, como las arenas del mar.... Y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en un descendiente tuyo: *Et benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ* (1).» Abrahán, Isaac, Jacob, David y Salomon, son los progenitores del Mesías. En la nacion hebrea aparecerá el que es la esperanza de los pueblos, y de familias patriarcales nacerá la Mujer que el hombre Dios eligió para Madre suya. Estos oráculos se repiten á Isaac y á Jacob. Rodeado éste de sus doce hijos, que serán cabezas de las doce tribus de Israel, vuélvese el venerable anciano á Judá, y le dirige su inmortal profecía: El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones. (2). Aunque especiales para el Mesías, las promesas hechas á los patriarcas se refieren tan íntimamente á la Santísima Virgen, que á pesar de la profunda humildad de Ella, y de la ley del silencio que se impuso acerca de cuanto la concernía, no pudo menos de exclamar, movida del Espíritu Santo que la inspiraba, diciendo: El que es Poderoso ha obrado en mí grandes maravillas; ha adoptado á Israel su siervo; y se ha acordado de su misericordia, segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia, por los siglos de los siglos (3).

Miéntas pasan los siglos de expectacion, la claridad de las divinas promesas aparece más viva. Son tan precisas las Profecías de David y Salomon, relativas á la Santísima Virgen, que llenan de admiracion siempre que se recuerdan. Escuchad primero á David, á quien Dios destinó á ser uno de los progenitores de la Madre de Jesucristo: Toda la hermosura, dice, de la hija del Rey, es interior. Oye, oh Virgen, y mira, inclina tu oido, olvídate de la casa de tu padre, y el

(1) GEN. XXII, v. 18.

(2) GEN. XLIX, v. 10.

(3) LUC. I, v. 55.

Rey se prenderá de tu belleza (1). El Señor, añade, consagró su tabernáculo (2). Se colocó como una Reina á tu derecha, dice en otro salmo (3). Serán presentadas al Rey las vírgenes que han de formar el séquito de Ella; ante tu presencia serán traídas sus compañeras. Todos los comentadores, todos los teólogos, pontífices y predicadores de todas las épocas, han aplicado unánimemente á la Madre de Dios estas y otras palabras de David. Y en efecto, atendida la distancia de la realizacion, y la natural oscuridad del lenguaje profético, no cabe, digámoslo así, más exactitud en esos vaticinios. La Iglesia católica, intérprete infalible de las Santas Escrituras, ha declarado siempre, que en estas palabras se designa á la Virgen María, por el hecho de emplearlas en su liturgia, al hablar especialmente de la Madre de Dios.

Los libros de Salomon, aún más que los salmos de David, explican las prerogativas de la Santísima Virgen, publicando sus loores. Hé aquí algunos pasajes: El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, ántes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo yo el principado de todas las cosas. Todavía no existían los abismos ó mares, y yo estaba ya concebida. Yo soy la Madre del bello amor. Me arraigué en un pueblo glorioso. Me alcé como el plátano. ¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades. Viene á ser como la nave de un comerciante, que trae de lejos el sustento... Levantáronse sus hijos, y aclamáronla dichosísima... Muchas son las hijas ó esposas que han allegado riquezas, mas á todas has tú aventajado. Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes. Toda tú eres hermosa, oh amiga mía, no hay defecto alguno en tí. ¿Quién es esta, prosigue el inspirado de Dios, que vá subiendo cual aurora naciente, brillante como el sol, bella como la luna, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla? Huerto cerrado eres, hermana mia, esposa, fuente sellada. Vén, esposa mia, descende del Líbano; vén y serás coronada. ¿Quién es esta que sube del desierto rebosando delicias, apoyada en su amado? Parécese al humo del incienso y de la mirra. Este lenguaje no ha menester comentarios; basta oirlo para aplicarlo al personaje que quiere significar. La Virgen escogida del Señor, la Madre de Jesucristo, es aquella á quien Dios poseyó desde el principio; es la Madre del amor hermoso; es la Mujer fuerte, á quien todas las ge-

(1) PSALM. XLIV, v. 12.

(2) PSALM. XLV, v. 5.

(3) PSALM. XLIV, v. 10.

neraciones proclamaron bienaventurada; es la que sube con la majestad de la aurora, cuya espléndida belleza sobrepaja al brillo del sol; es, en fin, la venturosa privilegiada, que se reclina en su amado, el Dios-Hombre, el Hijo querido de su corazón.

Los profetas que refirieron los pormenores de la vida del Salvador, también hablaron de su divina Madre. Isaías la nombra llamándola *raíz* de donde brotará la flor de Jessé: Saldrá un renuevo, dice, del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor. En otro lugar la distingue con el título de *nube*, y de tierra fecunda: Lluevan las nubes al Justo, exclama; ábrase la tierra, y brote al Salvador (1). Tan grandes y sublimes son estas imágenes, que solo convienen á la Madre de Dios. Porque ¿de quién, sinó de la Virgen escogida, puede decirse con propiedad, que sus entrañas son un cielo que vierte divino rocío, y una tierra que produce fruto de vida, y una planta llena de savia de donde nace la flor de gracia y salud? Mas el profeta no limita su vaticinio á esas magníficas figuras. Despues que un ángel purifica sus lábios con fuego del altar, hácese más íntima su revelación, manifestando lo que la lengua humana no se había atrevido á pronunciar. Hasta entónces se había nombrado á María como á *Mujer* que había de quebrantar la cabeza de la serpiente; como á *Mujer fuerte*; como á *Reina*, que se sienta á la diestra de Dios; como á *Esposa* del Amado; como á *Madre* del amor hermoso; pero Isaías la dá otro nombre más grato á su corazón; el de *Virgen*: Sabed, dice, que una Virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel (2). Esta profecía es completa, pues reasume todos los misterios concernientes á María, es decir: su virginidad y su fecundidad; la *Encarnacion del Verbo* y la *Maternidad divina*. Este vaticinio encierra todas las promesas, todos los anuncios. Despues de él, es supérfluo hacer más citas. Pudiera multiplicar los textos que hacen referencia al lugar donde la bienaventurada Virgen había de dar á luz al Salvador, á su huida á Egipto, á la Presentacion en el Templo, á los dolores de María, y á la crucifixion de Cristo; pero creo que basta la exposicion que acabo de hacer, para demostrar hasta la última evidencia, que los libros santos contienen numerosas profecías, de las cuales María nuestra Señora es objeto, fin y causa. Pasemos ahora á la segunda parte de mi discurso, en la cual trataré de la *Expectacion universal de la Madre de Dios*.

(1) ISAI. XLV, v. 8.

(2) ISAI. VII, v. 14.

Cuantos acontecimientos ocurrieron en el mundo antiguo, no tuvieron otro fin en los designios de la Providencia, que el de preparar el advenimiento del Mesías, y fundar su Reino en la tierra. Por eso no hay hecho más unánimemente admitido en la historia, tanto sagrada como profana, que el de la expectacion universal de un Mesías, para el pueblo de Israel en particular, y en general para todos los pueblos de la tierra. Abriendo los sagrados Libros, léese en sus primeras páginas el anuncio de la venida de un Redentor; y más adelante se observa, que la fé de los patriarcas estribaba por completo en la esperanza de un Libertador divino. El apóstol S. Pablo reasume admirablemente la vida de ellos con estas pocas palabras, que expresan con toda fidelidad el estado de los justos en la ley antigua: Miraban de léjos los bienes, dice, y se contentaban con saludarlos: *Longe aspicientes, et salutantes* (1). El Evangelio menciona en muchas partes la esperanza universal del Mesías en el pueblo de Israel. Hablando de S. Juan Bautista, dice: que la multitud, al verle y escucharle, opinaba que quizá era él el Cristo (2). Dice, además, que los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le hiciesen esta pregunta: ¿Quién eres tú? Esto es: ¿Eres tú el Cristo que aguardamos? No, contestó San Juan; no soy yo Cristo (3). El mismo Precursor envió cierto día dos de sus discípulos al Salvador, con encargo de preguntarle, si era él el que había de venir ó debían aguardar á otro (4). Del anciano Simeon dícese también en el Evangelio, que aguardaba el consuelo de Israel (5). Y de Ana, profetisa, se hace advertir, que hablaba del Mesías á cuantos aguardaban la redencion de Israel (6). La Samaritana tenía tan grabada en su ánimo la tradicion popular de la venida del Mesías, que respondió con profundo convencimiento á Jesús: Sé bien que el Mesías, llamado Cristo, ha de venir pronto (7).

Con respecto á los demás pueblos, sus historiadores nos han transmitido su tradicion acerca de este punto, conforme en todo con la del pueblo hebreo. Refiere Suetonio, que la antigua creencia de que de Judea había de salir el Dominador del mundo, estaba muy extendida por todo el Oriente (8). Hay una tradicion general, añade Tá-

(1) HEBR. XI, v. 13.

(2) LUC. III, v. 15.

(3) JOAN. I, v. 20.

(4) MATTH. XI, v. 3.

(5) LUC. II, v. 25.

(6) LUC. II, v. 33.

(7) JOAN. IV, v. 25.

(8) IN VESPAS. c. 4.

cito, fundada en antiguos escritos de sacerdotes, de que por aquel tiempo se levantaría la Judea con el dominio del mundo (1). Hojead los libros griegos, decía Clemente Alejandrino á los paganos; leed á la Sibila, y observad como muestra á un solo Dios, vaticinando lo que ha de suceder: registrad á Histaspo, y hallareis en sus escritos al Hijo de Dios designado de un modo admirable (2). Preciso era que los libros de las Sibilas fuesen bastante claros, para que los doctores del cristianismo los citasen á fin de argüir á los gentiles. En efecto, desde el año 63 ántes de la era cristiana, era conocido un oráculo sibilino, en que se anunciaba el nacimiento de un Rey para el pueblo romano. Omíto aducir otras citas, sacadas de los libros sagrados de la India, de la China y de la Persia, porque su doctrina está conforme con la de los griegos y latinos, y con la de otros pueblos, pudiendo reasumirse en este notable fragmento de uno de sus sábios: Los pueblos, dice Mencio, discípulo de Confucio, aguardan al Santo como las plantas marchitas aguardan el rocío (3). Ya veis, pues, que la expectacion del Mesías es un hecho histórico, tan completamente averiguado, que la misma incredulidad lo tiene por auténtico. Héme detenido en exponer la prueba de este hecho, porque sirve de base al que voy á sentar, esto es: la *Expectacion de la Virgen Maria*.

La esperanza de una Madre de Dios era consecuencia natural de la de un Mesías. Si los pueblos han llamado con sus deseos, durante largos siglos, al *grande Enviado*, necesariamente pensarían en la criatura destinada por el Altísimo para madre de él. El dogma de la *Maternidad divina* no pudo estar separado en su entendimiento del dogma de la *Encarnacion*. Abrahán, vuestro padre, decía al Salvador, ardió en deseos de ver este día mío: vióle, y se llenó de gozo (4). El tan deseado día que viera el santo patriarca, es el del nacimiento del Hijo de María. Vió en efecto Abrahán entre suspiros el día del viaje de María á Belén, y la noche venturosa en que dió al *Hijo de las promesas*; vió esto y se regocijó. El padre de los creyentes, postrado mentalmente ante el pesebre que contenía la esperanza de su pueblo, adoró en medio del silencio, con los ángeles y pastores, con María y José, al que Dios le había dado á conocer de léjos: adoró al Mesías y se regocijó. Pero si Abrahán vió el día de Jesucristo, también debió ver el día de su divina Madre. Él y los que le habían

(1) ANNAL. I. V. c. 13.

(2) STROMAT. I, 6.

(3) SCHMIT, *Orig. de los mitos*.

(4) JOAN. VIII, v. 56.

precedido, Adán, Abel, Enoch, y los de su larga descendencia; Isaac, Jacob, José, Levi, Moisés, Josué, Samuel, David, Salomon, Isaias, y los profetas; Tobías, Job, y todos los santos de los siglos de expectacion, al contemplar las humillaciones del Hijo de Dios en el seno de la Virgen, saludaban con sus votos el día de esta Virgen, la más digna de sus hijas, el más noble vástago de su estirpe, al cual Dios había escogido, no solo para que fuese como ellos tronco de un gran pueblo, sino la Madre del Libertador prometido. Cuando los justos del antiguo Testamento bajaban al sepulcro, sin poder entrar aún en la gloria, ¿qué llevaban sus almas al seno de Abrahán, que les sirviera de consuelo y sostuviera su paciencia en aquella mansion de esperanza? Una creencia firme en los dogmas de la *Encarnacion* y de la *Maternidad divina*. A la luz de una vision enteramente celestial, manifestábanse estos dogmas á su espíritu con más claridad que ántes. Habían visto en vida al Mesías y á su Santísima Madre aparecer entre el opaco reflejo de la profecía; mas ahora distinguíanlos al resplandor de una intuicion directa. ¡Qué gozo para los santos padres!

Si las almas del Purgatorio dirigen con fervor sus pensamientos al día que ha de poner fin á sus penas, ¿con qué éxtasis cifrarian las almas del seno de Abrahán sus esperanzas en el *Libertador* futuro, y en Aquella á quien llamaron, ántes que nosotros, Consoladora de los afligidos! Cuanto más se acercaba el tiempo, tanto más vivos eran los deseos de los santos padres. Por eso saludaron con efusion amorosa á la madre de nuestra Señora, cuando pasó á aguardar con ellos el cumplimiento de los misterios que empezaban ya á realizarse. Por eso felicitaron á Joaquin, á Isabel, á Juan Bautista, y más que á todos, á José. La última hora había sonado; estaba ya en el mundo la Reina por tantos siglos esperada, puesto que sus abuelos, sus padres, su parienta, el Precursor, y hasta su esposo lo anunciaban con su presencia. ¡Oh misteriosos coloquios de las almas justas! ¡Goces puros de la esperanza! ¡Suspiros de tantas generaciones! Llegasteis á vuestro término. La Aurora se ha manifestado ya; no tardará en aparecer el Sol que ha de iluminar con sus rayos los profundos abismos. ¡Salve, Aurora, que anuncias la venida del Señor!

«Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza.» Estas memorables palabras dirigidas por Dios á la serpiente, siempre estuvieron en la memoria de la descendencia de Adán. Eran la esperanza del hombre, y la esperanza nunca muere en su corazón. Que vendría una mujer á reparar los males por otra mujer causados, creencia fué ésta que

pasó de boca en boca, de generacion en generacion. Al dispersarse los pueblos desde las llanuras de Senaar, llevaron los hijos de Noé á todas las regiones del mundo esta consoladora tradicion; y tan profundamente la grabaron en las almas, en las instituciones, y hasta en los monumentos, que ni las edades, ni los trastornos, ni las transformaciones sociales, ni el politeísmo con su extenso poder, consiguieron borrarla, ni siquiera alterarla. La expectacion del Mesías, y la expectacion de la Virgen su Madre, fueron dos dogmas sagrados para todos los pueblos, así cultos, como salvajes, del Oriente y del Occidente, del Septentrion y del Mediodía. En efecto, recorriendo las diferentes regiones del globo, y estudiando las teogonías de todos los tiempos, vemos, que la creencia que domina en todas ellas y constituye su principal fondo, es la de un Mesías esperado, y la de una Virgen prometida, de quien Aquel había de nacer de un modo divino. Los Budistas concuerdan en enseñar, que *Chakia-Muni*, el reformador del género humano, nació de la Virgen María sin concurso de hombre alguno. «El Santo, dicen los libros chinos, concebido por obra de *Tien* (el Cielo) que le dió el sér milagrosamente, debía nacer sin lesion de la virginidad de su Madre.» Los egipcios, tan investigadores de tradiciones antiguas, aunque aficionados á desfigurarlas extraordinariamente, no dejaron de mezclar en sus cuentos míticos la *Maternidad virginal*. Creían, como refiere Plutarco, «que una mujer quedaría fecundada, recibiendo únicamente el *soplo de Dios*.» Los griegos, discípulos de los egipcios, admitieron tambien esta creencia. La institucion de las vestales entre los romanos, atestiguaba su culto á la Virgen. En Francia dedicaron los drúidas en el interior de un templo una estatua á la Virgen Madre del Libertador futuro: *Virgini paritura*. Los pueblos del interior de Africa, los semi-salvajes de América, aislados por tanto tiempo del globo, habían conservado la misma tradicion. No nos cansemos: á do quiera que en la tierra volvamos los ojos, descubriremos el nombre de una Virgen, asociado al de un Libertador que de ella debe nacer. ¡Siempre, y en todas partes, el dogma de la *Encarnacion* y el de la *Maternidad divina*! ¡Cuán venerable es por su antigüedad esta creencia! ¡Cuán firme se mostró siempre en ella el género humano, y con cuánto afecto, puesto que la guardó por tantos siglos como un sagrado depósito! ¡Oh María, Madre de Dios y Madre nuestra! ¿con qué es verdad que has tenido hijos desde la primera edad del mundo, y que los santos de la antigüedad te rindieron culto con sus votos y deseos, y que hasta los pueblos más privados de tradiciones religiosas, han guardado tu nombre an-

tonomástico de *Virgen*, pronunciándolo en sus plegarias? ¡Qué confusion para nosotros, que con tener templos, fiestas, y altares á Ti dedicados, con tener tu vida y tus ejemplos, te conocemos tan poco, tan poco te honramos, y tan poco amor te tenemos! ¡Y ha de decirse que aquellos pueblos, que no vieron á María sinó en lontananza, ni pudieron saludarla sinó con el deseo y al través de los siglos, la glorificaron más que nosotros, colmados de su favores, hijos predilectos suyos, y hermanos de Jesucristo? No; no demos pié á semejante aseveracion.

¡Oh Santísima Virgen! al aclamarte hoy por Reina de los siglos, ya que en todos los siglos tuviste servidores que te honraron, prometemos, oh inmaculada María, postrados á tus piés, fidelidad y cordial devocion á tu culto: porque este siglo, más que otro cualquiera de los pasados, es siglo tuyo.